

Aplicado esto al hombre en particular, tiene doble significado en su actual estado de decadencia.

Es necesario estar bien ignorante de sí mismo ó vivir en deplorable estado de ceguera sobre su persona, para no confesar que esta dependencia en que se está con relación á las cosas exteriores, que la inclinación que con frecuencia se siente hacia ellas, y conduce hasta perder las convicciones y la independencia propias, están muy conformes con nuestra verdadera naturaleza. Es un rasgo de pereza, de cobardía y de molicie, una imperfección y debilidad de la voluntad, un horror al esfuerzo y una inconstancia que no pueden ser naturales. La inteligencia conoce la bondad y la belleza; por ellas se entusiasma el corazón; podría realizarlas la voluntad, lo desea, pero no lo hace. «No me comprendo á mí mismo, dice el Apóstol, porque lo que hago no lo entiendo, porque no hago lo bueno que quiero; mas lo malo que aborrezco aquello hago; porque el querer lo bueno está en mí, mas no alcanzo como cumplirlo». ⁽¹⁾ ¡No! no hemos salido de las manos de Dios, ni tan débiles ni tan ruines, ni tan inútiles. Necesitamos seriedad, fortaleza y ejercicio constante para llegar á ser como Dios nos hizo, como quiere que sea la obra que salió de sus manos; no podemos quedar sanos sin renunciarnos á nosotros mismos, sin mortificación y sin penitencia; estamos enfermos y lo que peor está en nosotros es la voluntad; ahí está el asiento del mal, de ahí proviene todo lo que en nosotros está enfermo: tenemos necesidad de ser curados primero en nuestra voluntad; y la condición para la curación es la abstinencia ó la dieta; el mismo enfermo debe practicarla; después le procurarán algún alivio el médico y su arte. Lo mismo se han nuestra voluntad y nuestra naturaleza: están enfermas y no podrán conseguir la salud, si no damos nosotros los primeros pasos, decidiéndonos seriamente á la práctica de la abnegación, y al triunfo sobre nosotros mismos.

Tal es el imperioso deber que nos impone el estado de

(1) Romanos, VII, 15 y 18.

nuestra voluntad; cierto que con esto sólo no llegamos á su curación; no podemos sanar, sino con el concurso del médico y de la medicina. El médico de la voluntad es Dios que la crió, Dios, el único que puede dominarla y penetrarla; la medicina es la gracia sobrenatural, la única potencia de más alcances que nuestra voluntad.

Si con sinceridad confesamos lo que somos, y si con seriedad deseamos llegar á ser lo que debemos ser, considerando la caída en que quedó envuelta la voluntad, debemos sentirnos obligados á desear vivamente la gracia, y á aceptarla con celo.

8. Todo depende de la voluntad.—Lo repetimos una vez más, toda decisión depende de la voluntad libre, á pesar de su debilidad natural, á pesar de la corrupción que la envuelve. De la voluntad depende la vida entera. «Ante el hombre están la vida y la muerte, el bien y el mal; lo que le pluguiere le será dado». ⁽¹⁾ ¿Escoge el mal? es malo, y se hace malo él mismo; no lo hacen malo la naturaleza, ni la seducción, ni la ocasión. Posible es que le excusen éstas, y disminuyan su falta; pero no está en ellas el pecado: está en la voluntad libre. Grande puede ser la pasión, peligroso el atractivo; sin embargo, está escrito: «Tu apetito estará en tu mano, y tu te enseñorearás de él». ⁽²⁾ Mientras con ellos no esté la voluntad, habrá tentación; pero no habrá pecado.

También probó José los peligros de la seducción; tampoco fué exceptuada Susana, ni dejó de sentir Pablo los agujones de la carne. ⁽³⁾ Los Santos que pasaron por el horno de la tentación, que lucharon interior y exteriormente y de sus pruebas salieron purificados, pueden exclamar con Job: «También yo tengo sentido como vosotros, ⁽⁴⁾ mi fortaleza no es fortaleza de piedras, ni es de bronce mi carne». ⁽⁵⁾ Mas por trabajosa que fué la tenta-

(1) Eclesiástico, XV, 18.

(2) Génes., IV, 7.

(3) II Corint., XII, 7.

(4) Job, XII, 3.

(5) Job, VI, 12.

ción, por próximo que estuvo el peligro, fué tan inquebrantable su voluntad, que no resultó ningún pecado. Echados á las llamas, no los tocó el fuego, ni hubo en ellos ningún olor de muerte: cierto que les costó terribles combates; se quemaban con el fuego, pero era para apagar fuego con fuego; se sumergían en el agua helada, se revolvían en la nieve temiendo menos, en el ardor de sus temores, el entorpecimiento de los miembros, que el fuego del placer. Destrozaban con espinas sus carnes, las hacían desprenderse con la violencia de los azotes para fortalecer con la sangre su voluntad en los asaltos de las pasiones.

Temblamos de horror á la sola lectura de las actas de esos héroes, pero debieran más bien llenarnos de valor ejemplos semejantes; nos indican esas luchas heroicas de los Santos lo que aun hoy puede hacer la voluntad ayudada de la gracia, aun en las circunstancias más difíciles. Después de esto, los que no hemos probado ni la mitad de sus tentaciones, y no «hemos resistido hasta la sangre combatiendo contra el pecado», ⁽¹⁾ ¿podemos tener valor para decir: «No podíamos obrar de otra manera?» Los que hemos buscado el pecado, ¿cómo violentar la verdad, hasta querer excusarnos, diciendo que así lo han querido el pecado, la tentación y la naturaleza? «No os engañéis, hermanos míos, decía Santiago; cada uno es tentado, arrastrado, halagado de su concupiscencia, y la concupiscencia, después que ha concebido, pare pecado; y el pecado, cuando es consumado, engendra muerte». ⁽²⁾

Pero será bueno el hombre, si la voluntad escoge el bien. Le será tenido muy en cuenta el que, habiendo podido pecar, no pecó». ⁽³⁾ Cuanto más grandes son los peligros, cuanto más fácil es la caída, más mérito tiene la voluntad, si sabe permanecer firme; son precisamente lo opuesto, esa pretendida apatía, esa insensibilidad de la naturaleza, esa inaccesibilidad á toda especie de peligros, en

(1) Hebreos, XII, 4.

(2) Santiago, I, 14 y 15.

(3) Eclesiástico, XXXI, 9, 10.

que buscan la virtud los estoicos y sus adeptos. Pronto darían cuenta de la virtud, de la santidad y del mérito, si fuera posible que tuvieran fin. Si se tratase de hombres á quienes se hubiera dado semejante naturaleza, podríamos servirnos de la expresión de Job y llamarlos «rocas»; llamarlos santos, ¡jamás!

Una de las más singulares inculpaciones que se dirigen á nuestros Santos, y uno de los más falsos juicios que de ellos ha formado una crítica insensata, es el haberse encontrado con frecuencia en difíciles situaciones, y no haber sucumbido jamás á la tentación. Para formar de semejante lenguaje juicio exacto, se necesita primero saber si los que así hablan saben lo que dicen; están muy lejos de saberlo. Los Santos podían caer también; con frecuencia estuvieron muy cerca del peligro, y el peligro era para ellos más grande y más próximo que para nosotros; caminaban por muy altas cumbres, y nosotros marchamos por humildes valles; pero no reputaron como superflua la circunspección, ni se consideraron seguros jamás, ni aun al terminar sus obras. Permanecieron inquebrantables, y por eso serán tenidos en gran consideración ante Dios, ante la Iglesia, y ante los que tienen respeto al hombre.

Lo que los ha hecho Santos no ha sido el estar dotados de una naturaleza más privilegiada, sino el tener una voluntad más fuerte que domó su mala naturaleza y supo aprovecharse fielmente de la gracia. Podríamos también nosotros ser santos como ellos, si en lugar de buscar pretextos para convencernos de que la naturaleza de los Santos era diferente de la nuestra, tratásemos de imitar la energía de su voluntad. No cesamos de deplorar nuestra debilidad, esperamos nuestra virtud de una ocasión favorable, de otra sociedad, de otras ocupaciones, ó también de un cambio de lugar, de condición, de porvenir, de un milagro de la gracia. Con todo esto permanecemos siempre lo mismo, si no nos cansamos y aflojamos. La virtud es negocio de la voluntad; no pertenece ni á la naturaleza ni á relaciones exteriores más cómodas. La vida verdaderamente

buena consiste en la libre decisión del hombre por lo que reconoce que es su deber, y en la fidelidad y constancia en el cumplimiento del deber á pesar de cuantos obstáculos y peligros puedan presentarse. Es ésta una cualidad que nadie puede dar al hombre; debe adquirirla por sí mismo. No habrá potencia, ni aun la gracia de Dios, que pueda dispensarle de esta obligación. La gracia hace lo que es superior á sus fuerzas; le auxilia también en lo que no sobrepasa sus propias aptitudes, y le obliga al mismo tiempo más estrictamente á hacer todo lo que de él depende.

Así, en la religión natural; lo mismo que en la sobrenatural, todo depende de la voluntad, del conocimiento de su flaqueza y de la justa apreciación de sus fuerzas.

¡Qué abismo tan misterioso es la voluntad! Es el asiento de todas nuestras debilidades, el remedio que nos sana, la única causa que podemos presentar de nuestra infidelidad á nuestro honor y á nuestro destino, la sola palanca que podemos mover si queremos recordar nuestro deber. La voluntad hizo un Saulo, pero también hizo un Pablo; la voluntad hizo caer á Magdalena en el fango del pecado; la misma, unida á la gracia, la llevó á los pies del Maestro, y la elevó hasta su Corazón santísimo. Al darnos la voluntad libre al mismo tiempo que su imagen divina, nos dice el Criador estas graves é importantísimas palabras que debemos meditar cada día en nuestro corazón. «Llamo hoy por testigos al cielo y á la tierra, que os he propuesto la vida y la muerte, la bendición y la maldición. Escoge, pues, la vida para que vivas». ⁽¹⁾

(1) Deuteronomio, XXX, 19.

CONFERENCIA V

LAS PASIONES

1. No basta alargar la mano para conseguir la paz y la virtud; es necesario conquistarlas.—Penetrado de su propia debilidad, el poeta es, como el justo, indulgente en sus exigencias para con los demás. «No puede vivir en paz el hombre más piadoso, si tiene un mal vecino á quien desagradada». ⁽¹⁾ El mismo lenguaje tiene el antiguo proverbio que de ordinario no atiende mucho á las comodidades de la vida.

En esta materia nos exige mucho más la óptima y suavísima moral del Cristianismo. La distingue de las demás morales la tendencia á hacer que reine en sí mismo el hombre. Con frecuencia allá, en el mundo, la moral general es la misma moral privada. «Lo mismo hacen los demás; ¡ah! veámosles, se dice: ¿por qué he de ser más que ellos? Si me pide dispensa el que me ha ofendido, le perdono. Si mi compañero de desórdenes no se entrega al pecado, y no ejerce sobre mí perniciosa influencia, espero hacer otro tanto». En una palabra, hay una moral, según la cual podemos ser regulares, cuando lo que nos rodea no nos es ocasión de pecado.

Nuestra moral no se contenta con esto. Según ella, es necesario ser dueño del mal, dueño de la ocasión, dueño del peligro, dueño de sí mismo; y el único centro de la propia actividad debe ser una personalidad libre, firme é independiente. Es justamente el reverso de la moral precedente; ésta es su máxima: «No te dejes vencer de lo malo; mas vence el mal con el bien». ⁽²⁾

Ya el rey judío, cuya persona estaba muy lejos de des-

(1) Graf und Dietherr, Deutsche Rechtssprichwörter, 529. (8, 335).

(2) Romanos, XII, 21.